

231

Juan Jaurès

Bernstein y la evolución de la táctica socialista

Precio: **30** céntimos.

MADRID
GRÁFICA SOCIALISTA
San Bernardo, 92

64

¡CAMPEÑINOS!

Leed los siguientes libros:

Pesetas.

Por **SENADOR GOMEZ.**

La tierra libre.....	1,50
Castilla en escombros.....	4,50
Los derechos del hombre y los del hambre.	5
Al servicio de la plebe.....	5

Por **«HEADS».**

¡Despierta, labrador!.....	0,25
----------------------------	------

Por **VANDERVELDE.**

El Socialismo agrícola.....	0,25
-----------------------------	------

Por **COMPERE-MOREL.**

El Socialismo y la tierra.....	0,25
--------------------------------	------

Por **WAUTERS.**

El Socialismo en el campo.....	0,25
--------------------------------	------

IV-29-1-64

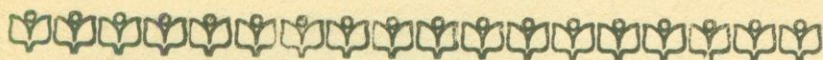
Juan Jaurès

Bernstein y la evolución

de la táctica socialista



MADRID
GRÁFICA SOCIALISTA
San Bernardo, 92



Ciudadanos:

Nunca he tratado ante vosotros un tema más difícil y más importante que el que voy a abordar esta tarde; temo tener que recorrer un camino demasiado largo. Para abreviar lo más posible, he de suponer que todos conocéis las grandes teorías de Marx, la teoría del valor, la concepción materialista y dialéctica de la Historia. Pero temo que, con todo, no pueda deducir yo todas mis razones, y quiero, inmediatamente, formular mis conclusiones. En la controversia que se ha entablado acerca de los principios y de la táctica del Socialismo entre Bernstein y Kautsky, yo estoy, en general, con Kautsky.

Esto no quiere decir que yo niegue el inmenso servicio que Bernstein ha hecho a nuestro Partido: nos ha obligado a todos a repasar de nuevo nuestras concepciones fundamentales, y, por lo menos, a ajustarlas más exactamente a la realidad. Ha influido asimismo sobre el propio Kautsky. No es que Kautsky haya sido obligado por Bernstein a formular una sola idea que le fuera extraña; pero ha dicho ciertas cosas muy fuertemente, y esto no lo hubiera hecho Kautsky sin aquello, y especialmente hace a Bernstein, a propósito de la acción sindical y cooperativa... *(En este momento, un oyente se queja ruidosamente de no estar*

bien colocado, y el incidente produce un desorden bastante prolongado.)

... Sería verdaderamente extraordinario que para impedir o turbar una reunión puramente científica se abusase de la afluencia de esta tarde. Si es un adversario, comprenderá muy bien que no toleraremos mucho tiempo procedimientos análogos; y si es un amigo de mal humor, es verdaderamente sorprendente que se enfade porque muchos hombres piensen como él. (*Viva aprobación; aplausos. Poco a poco se restablece la calma.*)

Decía, pues, que Kautsky hace a Bernstein y a su tesis esta concesión sobremañera importante: que hoy la acción sindical y cooperativa parece la característica del período capitalista en que estamos desde hace años y para algunos todavía. Kautsky declara que cuando hay, como hoy, en Europa, cierta atonía política, y al mismo tiempo una gran actividad industrial y capitalista, es natural que los trabajadores, que los asalariados, no esperando del movimiento, un poco lento, de la acción política la transformación total de la sociedad, pero pudiendo obtener del crecimiento de la actividad industrial algunas ventajas inmediatas, consagren una notable parte de sus esfuerzos a la conquista de estas ventajas inmediatas; y Kautsky declara que si el libro de Bernstein ha tenido tanta resonancia, si ha producido una sensación tan viva en el mundo socialista y en la clase obrera, es porque constituye la expresión de un período determinado de la actividad política y económica de Europa; y por parte

de un marxista como Kautsky, es decir, de un realista, no es posible atribuir más importancia al libro de Bernstein que la que le concede señalando en este libro la expresión teórica de todo un desarrollo de la realidad política y económica.

Tengo, pues, derecho a decir que en gran medida Bernstein ha influido desde ahora sobre el espíritu de Kautsky; hay en Kautsky, a partir de este momento, un poco de Bernstein, y cuando yo estoy completamente de acuerdo con Kautsky, por eso mismo estoy parcialmente de acuerdo con Bernstein.

Pero, de modo general, y sin determinar el problema con nombres propios, lo que quiero decir, a lo que ha llegado es a la conclusión de que sin duda tenemos que desarrollar, en mi opinión, una política socialista nueva en ciertos aspectos, tenemos que modificar nuestra actitud con respecto a ciertos problemas; pero podemos hacerlo sin romper con las tradiciones generales de la democracia socialista internacional.

Estimo, y trataré de demostrarlo, que el mismo marxismo contiene los medios de completar y renovar el marxismo allí donde hace falta, y que no es de ningún modo útil, desde el punto de vista práctico, romper los cuadros teóricos de la democracia socialista internacional, porque estos cuadros pueden, por su propio juego, ensancharse y suavizarse de aquí en adelante.

Las teorías de Marx

Y ante todo, todas las objeciones de principio que desde hace algunos años, no solamente en la obra de Bernstein, sino en gran número de publicaciones diversas, se vienen lanzando contra el fondo mismo de la teoría de Marx me parecen inaceptables. Ya expuse aquí hace algunos años la teoría fundamental del valor y del supertrabajo, según Marx. Todos sabéis que los objetos creados por la producción capitalista se convierten, en el mecanismo social, en valor de cambio, y que el valor respectivo de los productos se halla determinado por el valor-cantidad de trabajo humano que es socialmente necesario para la producción de estas mercancías. Son, pues, las cantidades de trabajo humano normalmente incorporadas a los productos las que determinan la relación de cambio de estos productos, y si el capitalista obtiene una ganancia es porque no da a los asalariados, bajo la forma de salario, más que una parte del valor del trabajo incorporado por ellos a este producto. El capitalista retiene una parte del trabajo incorporado por el asalariado, por el trabajador, a la mercancía, y este supertrabajo es el principio mismo del beneficio capitalista.

He estudiado y analizado detenidamente las objeciones hechas a la teoría de Marx, y me ha parecido que ésta las resiste maravillosamente. Es imposible que el capitalista no saque su ganancia de alguna parte, porque él no hace nada, y

sólo puede proceder, evidentemente, el beneficio del hecho de que el trabajador introduce trabajo no pagado en la mercancía.

Después se ha tratado de sustituir, en el propio pensamiento y en el sentido de Bernstein, la teoría del valor de Marx con otras teorías; por ejemplo: un italiano, Grazziadei, ha pretendido que lo que el capitalista retiene como ganancia no es, en modo alguno, cierta cantidad de trabajo incorporado por el obrero al producto, sino una cantidad de este producto; el obrero — dice Grazziadei — produce una suma de mercancía igual a 100, y el capitalista retiene para sí el 25; pero lo que retiene es determinada cantidad de productos, no cierta cantidad de trabajo obrero incorporada al producto.

En mi opinión, es ésta, ciertamente, una teoría infantil, porque el producto, en cuanto producto, en cuanto valor de uso, en cuanto objeto consumible y asimilable, no tiene para el capitalista ningún valor. No estamos en el período de la economía doméstica, o de la economía esclavista, en que el amo se apropiaba para su uso los productos del trabajo familiar o los productos del trabajo servil. Los productos carecen de valor para el capitalista si no puede lanzarlos al mercado y cambiarlos por otros productos; no tienen valor para él como valor de uso; no tienen valor para él más que como valor de cambio. Y como en el mercado el capitalista no puede cambiar los productos más que según la proporción de la cantidad de trabajo obrero que se ha incorporado a ellos con la cantidad de trabajo incorpo-

rado en los otros productos, cuando analizamos la tesis de Grazziadei y profundizamos en ella, nos vemos obligados a encontrar el principio o la doctrina misma de Marx.

Pero ¿por qué Grazziadei y otros economistas socialistas de esa escuela han efectuado esta sustitución? Para responder a la preocupación general de Bernstein, que consiste en demostrar que el obrero puede mejorar su condición con mucho sin hacer blanco en el funcionamiento del régimen capitalista. Si el capitalista obtiene su beneficio con el trabajo no pagado del obrero, dos o tres horas, por ejemplo, de trabajo no pagado, de las diez u once horas de trabajo ejecutado por el obrero, parece que el obrero no podrá reducir la jornada de trabajo, si logra mantener su salario, más que a expensas del beneficio del capitalista, y para soslayar esta dificultad, para demostrar que el obrero, en el sistema capitalista, puede mejorar su condición sin tocar al sistema capitalista, Grazziadei dice:

«Pero no; lo que el patrono retiene no es trabajo, sino productos, y como con los progresos de la industria la cantidad de productos fabricados en un período de tiempo determinado va creciendo siempre, el patrono puede reducir la duración de las horas en las que explota al obrero y guardar, sin embargo, un beneficio creciente, ya que en este tiempo reducido habrá recogido, con motivo del progreso industrial técnico, mayor cantidad de productos.»

Veis, pues, que la combinación, de todo punto ficticia y vana, con la que Grazziadei sustituye

la apropiación del producto como tal por la apropiación de una cantidad de trabajo obrero, tiene por objeto justificar, a propósito de la teoría del valor, la tesis de Bernstein, que consiste en que el desarrollo de la fuerza obrera puede conciliarse, en el régimen capitalista, con el interés mismo del capital. Pero no es necesario, para este fin, modificar la tesis de Marx, incluso si el beneficio capitalista resulta, como es cierto, de una parte de trabajo obrero no pagado; incluso cuando el obrero, limitando la duración de la jornada de trabajo, disminuirá la cantidad de trabajo que se apropia indebidamente el capitalista, sin que el funcionamiento del sistema esté amenazado por eso.

En efecto, el capitalista hará, a buen seguro, otras combinaciones para corregir, en cierta medida, las pérdidas que le hará sufrir así el des-
envolvimiento del proletariado; ante todo, podrá intensificar el trabajo en la jornada reducida, y la intensificación del trabajo, que será de ese modo útil al patrono, no es siempre, necesariamente, perjudicial para la clase obrera, porque hay pérdidas de tiempo en el funcionamiento industrial de hoy que son una carga para el obrero al mismo tiempo que para el patrono. Por otro lado, puede hacer entrar mayor número de hombres bajo la ley de la producción capitalista intensificadora. Además, los industriales más avisados, para lograr una parte del beneficio que la limitación de la jornada de trabajo les hace perder, mejorarán la herramienta, el aparato técnico de la producción; la mejorarán antes que los con-

corrientes o competidores la hayan mejorado, y como la cantidad de trabajo necesario en sus fábricas para crear una suma determinada de productos es inferior a la media del trabajo social que es necesario en la totalidad de las fábricas o en la mayoría de las fábricas para producir la misma cantidad de productos, el industrial avisado, aguijoneado por la limitación misma de la jornada de trabajo, obtiene por la división entre la cantidad de trabajo necesario para sí y la cantidad de trabajo necesario para los demás un superbeneficio, un beneficio complementario que cubre la pérdida resultante para él de la limitación de la jornada de trabajo por los obreros organizados. En fin, así como los capitalistas no han dejado de colocar sus fondos a interés porque el tipo de interés haya bajado, del mismo modo el capital no dejará de producir y de explotar la fuerza obrera porque no pueda retener cantidad tan grande de trabajo obrero como antes.

Por eso en la propia tesis de Marx toda la teoría del valor, tal como la ha formulado, no es de ningún modo inconciliable con la acción obrera intensa para obtener la limitación de la jornada de trabajo. Y no es, precisamente, por el efecto de una contradicción o de una inadvertencia por lo que Marx, al formular la teoría del valor y del supertrabajo, ha insistido también con fuerza para que el proletariado organizado lograra en todas partes la limitación de la jornada de trabajo y consiguiera aumentar su salario. No, el pensamiento de Bernstein, que quiere que en el propio medio capitalista, desde ahora, el obrero ac-

túe para mejorar su condición, no es en modo alguno inconciliable con la teoría marxista del valor, y es completamente inútil que se trate de debilitar la teoría marxista del valor, científicamente establecida, para permitir a la clase obrera un juego y un poder de acción inmediata que la teoría marxista del valor la permite absolutamente. (*Aplausos.*)

Asimismo Bernstein ha tratado inútilmente de combatir e incluso de debilitar la concepción del materialismo económico de Marx: ya sabéis lo que significa esta gran concepción, a la que se ha podido llamar verdadero descubrimiento social. Según Marx, son las formas de la producción, el sistema de las relaciones económicas de los hombres entre sí, el fondo mismo de la Historia; todo lo demás: las instituciones políticas, los códigos, las filosofías, las religiones, no sirve, en último análisis, más que para traducir en conceptos, o en fórmulas jurídicas, o en tesis religiosas, el sistema de las fuerzas económicas; según que la propiedad, en una sociedad humana, tenga tal o cual forma; según que los hombres se desenvuelvan en tal o cual sistema de condiciones económicas; según que la vida profunda de todos los días actúe sobre ellos en este o en el otro sentido, su concepción del mundo, de la justicia, del Gobierno, de las leyes, del Derecho, se encuentra modificada; y el movimiento general de la historia humana está determinado por los cambios de forma que sufra lentamente o bruscamente el sistema económico.

Se ha reprochado a esta gran concepción de

ser seca y exclusiva; de no dejar ningún sitio a la acción de los elementos ideales, a las concepciones jurídicas, filosóficas o políticas. Yo creo que muchos están equivocados, y Engels mismo, en un artículo que apareció poco antes de su muerte, ha interpretado muy ampliamente el pensamiento de Marx. Engels dijo que cuando Marx y él formularon su concepción del materialismo económico estaban obligados a reaccionar contra la teoría abstracta de la Historia, pero que no tuvieron nunca la idea de negar a fondo la acción de otros elementos, políticos o ideológicos; Marx no tuvo nunca la intención de decir que la forma económica influyera sola e inmediatamente, sin repercutir en otros sistemas de ideas, sobre la marcha de las sociedades humanas. Yo sé de marxistas franceses que se han escandalizado un poco ante el aparente reto que Engels ha dado a la interpretación tradicional del marxismo; exclaman: ¡Pero si esto es la ruina de la teoría marxista! En mi opinión, no hay nada de eso, y es preciso, si queremos fundar nuestro método de acción sobre bases verdaderamente científicas, que determinemos tanto como sea posible las relaciones recíprocas del sistema económico y de las ideas políticas, religiosas o de otra índole.

He aquí lo que a mí me parece la verdad. Sí, el sistema económico es el fondo; sí, por ejemplo, en el siglo XIX son las luchas de clases, los intereses de clase del proletariado y de la burguesía en conflicto, los que dominan y mandan todos los movimientos de la Historia y todo el movimiento de las ideas; pero el proletariado y

la burguesía, que luchan desde hace un siglo o desde hace tres cuartos de siglo, no se han desarrollado en una especie de medio abstracto y de espacio neutro; antes de aparecer estas dos clases antagónicas había una Historia, había una Humanidad; esta Humanidad había constituido sistemas de ideas, de creencia y de acción, que se prolongan, que continúan, y estos sistemas de ideas, de creencia y de acción tienen, en mi sentir, una fuerza propia determinada, cierta lógica interna que les obliga a desarrollarse en tal o cual sentido; esta acción está limitada por las condiciones económicas, y finalmente se halla subordinada a las condiciones económicas; pero tiene, sin embargo, su lógica propia, su resorte interno.

En el siglo XIX, por ejemplo, hay fuerzas que se llaman la ciencia, la Iglesia, la democracia, y cada una de estas fuerzas tiene su lógica interna, su ley propia de desarrollo que la conducirá hacia un fin que puede designarse de antemano, si su desarrollo no fuera contrariado, rechazado o impulsado más tarde por las fuerzas económicas dominantes. Así, la ciencia tiene su ley, que en cierta medida es independiente de los fenómenos económicos; la ciencia, cualesquiera que sean los accidentes de la lucha entre la burguesía y el proletariado, está hoy definitivamente fundada sobre la observación y sobre la deducción experimentada, y la ciencia ha sido constreñida, por ejemplo, a extender la idea de la evolución a los fenómenos biológicos, sin preocuparse de la resonancia que esta idea de la evolución, introdu-

cida así en la esfera biológica y extendida inmediatamente después al dominio sociológico, podría tener sobre las relaciones económicas de los hombres entre sí.

¡Ah! Yo sé que incluso entre las teorías más generales de la ciencia, en apariencia, y el movimiento económico hay nexos; yo sé, por ejemplo, que la tesis de Lamarck, que la evolución orgánica definida por él, según la cual surgen las especies de las necesidades internas que tienen los seres de crearse órganos nuevos para necesidades nuevas, que esta gran tesis de Lamarck: la Naturaleza creando órganos nuevos para funciones nuevas, ha podido serle sugerida por el espectáculo de fines del siglo XVIII, en que tantas necesidades humanas nuevas creaban revolucionariamente órganos nuevos; yo sé también que la tesis de Darwin sobre la lucha por la vida y la selección de las especies le ha podido ser sugerida análogamente por el espectáculo de las luchas económicas, rivalidades por la existencia desencadenadas en la nueva sociedad capitalista; pero cualquiera que haya podido ser el origen y la causa que han sugerido a los sabios estas concepciones, una vez enunciadas siguen su desarrollo lógico y producen sus efectos sin consultar las conveniencias del movimiento económico.

Asimismo, la democracia, como tal, tiene su ley; tiende evidentemente, en tanto no es contrariada por las fuerzas económicas adversas, a introducir la mayor cantidad posible de igualdad entre los hombres, en la medida en que esta igualdad permite que subsista el privilegio fundamen-

tal de la propiedad. Así, una sociedad humana es un conjunto complejo, en el cual fuerzas como la ciencia y la democracia influyen en un sentido determinado, pero sin que su acción pueda transgredir ciertos límites que les han sido asignados por las condiciones económicas fundamentales; así, la tendencia democrática, por mucho que se la impulse, no podrá llegar sin una revolución y sin el resurgimiento colectivo de una clase nueva, la clase proletaria, a realizar la igualdad fundamental en el sistema mismo de la propiedad. Una sociedad, por consiguiente, se compone de estos sistemas de ideas, de fuerzas, de nociones, que tienen su lógica interna, pero que se hallan subordinados a la lógica fundamental y decisiva de la evolución económica. Es difícil separarlos, y sólo puede hacerse esto por un artificio de pensamiento; es difícil separar la acción de tal institución como la democracia, de tal potencia como la ciencia, de la acción de las fuerzas económicas. Pero una hipótesis muy simple puede demostrar que lo dominante es la acción de las fuerzas económicas.

Detened un momento la ciencia; suprimid todo descubrimiento especulativo; paralizad el movimiento de las ideas religiosas, el movimiento de la filosofía: si en esta inmovilidad general de todas las demás fuerzas el sistema de producción continúa evolucionando; si el mecanismo técnico de la industria se modifica; si la concentración capitalista se agrava y llega a cierto límite, y si la clase obrera, adquiriendo conciencia de esta concentración capitalista homicida y de los me-

dios que le proporciona para revolucionar la propiedad, entra en acción, el orden comunista se realizará por el exclusivo efecto del sistema económico. Y suponed lo contrario: habéis impulsado la ciencia hasta el fin; habéis impulsado la democracia hasta el fin; habéis desarrollado las tendencias populares y evangélicas que puede contener tal sistema religioso: si el sistema de la producción continúa inmutable; si la condición técnica de la industria no se modifica, será imposible suscitar en una sociedad humana, cualquiera que sea su actividad científica, intelectual o religiosa, una forma social nueva. Por consiguiente, lo dominante es el sistema económico.

No se me oculta que no se puede, no siendo por una distracción, una visión del espíritu, separar el conjunto de las ideas y de las diversas instituciones y el aparato económico. Hay acción y reacción incesante de uno sobre otro; ni la ciencia, ni la religión, ni la democracia son, en una sociedad dada, lo que serían en una sociedad distinta, y, recíprocamente, la condición de los proletarios en la fábrica capitalista misma no es idéntica a la que sería en una sociedad en que no hubiera ni ciencia, ni democracia, ni vibración prolongada de la revolución burguesa. Pero, en fin, lo que produce los movimientos principales es el impulso general de la evolución económica; los movimientos económicos pasan a través de la diversidad de las formas jurídicas, religiosas, científicas como un gran viento que conmueve un bosque en las ciencias múltiples y variadas. Es el mismo soplo que pasa por todas

partes y que en su prolongado ritmo mueve los árboles, cualquiera que sea su variedad de ciencia; pero cada uno responde con una finalidad particular, con una vibración y un ritmo particulares de movimiento, y el bosque entero, conmovido del todo y como guiado por este gran soplo, reacciona a su vez sobre él y le dispensa y modifica un poco la dirección.

Del mismo modo, la gran corriente del sistema económico, el gran movimiento de la producción, de la propiedad y el cambio, conmueve progresivamente todo el sistema social, que actúa y reacciona a su vez sobre el sistema económico. (*Calurosos aplausos.*)

Sería, pues, absolutamente pueril tratar de explicar directamente, exclusivamente, abstractamente, tal fenómeno histórico, tal fenómeno humano, un resorte exclusivo, por una categoría aislada de tendencias y de fuerzas; la sociedad no es como un reloj, en el que un resorte central determina progresivamente el movimiento de la aguja; los distintos resortes se mandan unos a otros, y si no estudiamos más que la acción de uno de ellos, por muy central y dominante que sea, no sabremos nunca qué hora es. Pues bien: la táctica, el método de acción que nos aconseja esta filosofía de la Historia es, en principio, actuar directamente sobre todo el sistema de las fuerzas que se desarrollan en una sociedad, y a continuación aplicar nuestro máximo de acción a la transformación en la dirección de la fuerza esencial, que es la fuerza económica.

Hay socialistas que dicen: «Inútil combatir di-

rectamente a la Iglesia; el mejor medio de combatir al clericalismo es combatir al capitalismo, que es su raíz.» Otros arguyen: «Inútil propagar directamente la ciencia; la verdadera ciencia surgirá en el mundo al mismo tiempo que el orden comunista.» Otros declaran: «Es inútil desarrollar directamente la democracia, tratar de introducir directamente el referéndum en la legislación popular, porque no habrá democracia verdadera más que cuando los hombres gobiernen las cosas.»

Ahora bien; en mi sentir, éste es un método incompleto. Precisamente porque la democracia, la Iglesia y la ciencia tienen su lógica propia, su resorte interno, su fuerza particular de desarrollo, debemos actuar directamente sobre estas fuerzas, ya sea para desarrollarlas, si trabajan en el sentido del movimiento económico deseado por nosotros, ya sea para rechazarlas, si trabajan en sentido inverso.

Pero mientras que nos mezclamos así en la lucha, a propósito de todo el sistema de ideas; mientras que tratamos de rechazar la superstición religiosa; mientras que tratamos de animar directamente esta gran ciencia, que al sustituir poco a poco la unidad de todos los fenómenos prepara el espíritu del hombre para la unidad de todos los hombres; mientras que trabajamos directamente en la salvaguardia y defensa de la institución republicana, que tiene, como tal, su fuerza propia de desarrollo, su lógica, no debemos olvidar que la obra fundamental consiste en llamar al proletariado, como clase, a adquirir

conciencia del conocimiento económico que, desarrollándose, le permitirá pasar del desorden capitalista al orden colectivista o comunista. Por eso adoptaremos, sin salir de la concepción económica de la Historia, de Marx, un método de acción complejo, completo, vasto como la realidad, jerarquizado como la realidad; no realizamos un colectivismo vano; no concedemos la misma importancia a la acción que se aplica a tal sistema secundario o derivado de ideas y al sistema fundamental de las fuerzas económicas y sociales: graduamos nuestra acción según la importancia y la eficacia de cada uno de estos sistemas, pero aplicamos la acción socialista, la acción proletaria a todos los puntos de la esfera social, de manera que todo vibre bajo el poder del pensamiento proletario. (*Aplausos.*)

Asimismo es fácil demostrar que la teoría de la dialéctica, que Marx tomó de Hegel, y que ha aplicado a la evolución humana, subsiste en su totalidad y no contraría en nada la acción práctica que Bernstein nos recomienda.

Todos sabéis lo que es. Recuerdo que la concepción dialéctica de Marx consiste en decir que la sociedad misma es una sucesión, una evolución perpetua de formas sociales diferentes, que se engendran unas a otras por la necesidad continua en que está la sociedad humana de conciliar en sí misma sistemas contradictorios. Y es conveniente, desde luego, la contrariedad de las fuerzas, el conflicto entre las fuerzas, que es en toda sociedad el principio del movimiento. Si en una sociedad todas las fuerzas fueran homogé-

neas y todas marcharan en la misma dirección, si coincidieran todas en un mismo objeto, no habría nunca grandes transformaciones ni revolución social.

Hay revolución en una sociedad solamente cuando esta sociedad lleva en sí misma una contradicción que no puede resolver sin pasar a otra forma de sociedad; y hoy lo que condena precisamente a la sociedad capitalista es que lleva en sí misma una autonomía que no podrá resolver más que desapareciendo. Hay contradicción en el sistema capitalista entre el modo de producción y la forma de propiedad: cada día más, el modo de producción es colectivo y social, es la gran producción en las grandes fábricas, en los grandes talleres, en las grandes sociedades anónimas; cada vez más, se comprueba que la producción no es ni la obra de un hombre ni la obra de un reducido grupo de hombres, sino que tiene un carácter social. Ahora bien: mientras que la producción tiene cada día más un carácter social, la propiedad guarda su carácter individual, y poco a poco los obreros se dan cuenta de que, puesto que producen en común, podrían poseer también en común, y el comunismo les aparece como el medio de resolver la contradicción interna que lleva en sus entrañas el capitalismo, y que éste no puede resolver sin perecer. Marx, pues, tiene razón cuando dice que hay una dialéctica de la Historia, una dialéctica de la Humanidad.

Sé muy bien las objeciones que hace Bernstein y los temores que expresa. Dice: «Sí, pero con

este juego de fórmulas complicáis los fenómenos; cuando decís que el gran capital ha expropiado en principio al pequeño productor, y a continuación que los expropiadores serán expropiados a su vez, como resumís en una rápida fórmula dialéctica el movimiento de las sociedades humanas, dais al proletariado la ilusión de que la marcha efectiva de las cosas será tan rápida, tan fácil como la marcha de las fórmulas dialécticas en el cerebro.»

Yo no discuto este peligro, pero aseguro que no afecta a la ciencia misma de la dialéctica; es el peligro esencial del pensamiento humano, que no puede comprender el universo más que resumiéndolo, y que no puede resumirlo sin precipitar con ello el ritmo y sin equivocar a los hombres sobre la velocidad natural de los fenómenos, sociales o naturales. Pero de evitar por la observación constante de la realidad este peligro puede nacer en nosotros el método dialéctico; y Marx ha dado el ejemplo estudiando al detalle las innumerables transformaciones sutiles, lentas, por las que ha pasado el sistema industrial o la legislación del trabajo. Pero la dialéctica no implica que la conciliación definitiva se hará en un solo concepto, en un solo momento; puede haber muchos conceptos intermedios, muchas formas intermedias de sociedad, que se escalonan hasta la completa solución de la contradicción fundamental por la que ha de perecer una sociedad. Podemos, por consiguiente, guardar el método dialéctico, el poder de la interpretación dialéctica de la Historia, sin renunciar

a la acción positiva, graduada, inmediata, eficaz, que es hoy, y cada día más, la ley del Socialismo militante.

Pero nos equivocamos, y Bernstein se equivoca, si pedimos al proletariado que renuncie a la fuerza que le da esta interpretación dialéctica de la Historia; es preciso que los trabajadores, tan abrumados por las realidades de hoy, y que pueden desesperar de tener en sus manos la fuerza necesaria para transformarlas, es preciso, repito, que los trabajadores se sientan ayudados por la lógica de la Historia, por la dialéctica de la Historia; es preciso que se sientan llevados, por decirlo así, por el razonamiento interno que se desarrolla en la realidad, y que ellos no se aparezcan ante sí mismos más que como la fuerza complementaria que viene a redimir a la dialéctica humana. (*Calurosos aplausos.*)

Bernstein no es justo tampoco cuando reprocha a Marx una supuesta contradicción de método; le reprocha el declarar, de una parte, que todas las grandes transformaciones sociales, todas las grandes evoluciones sociales deban ser preparadas por la evolución lenta de las condiciones económicas, y de otra parte, el no excluir lo que Bernstein llama el «recuerdo blanquista a la fuerza».

Pero no hay ninguna contradicción entre ambos métodos. Es cierto que toda gran revolución social procede a la vez de una lenta preparación o evolución económica y de una intervención decisiva de la clase oprimida, cuando esta evolución económica es bastante arraigada para per-

mitir una intervención eficazmente revolucionaria. No hay en ello ninguna contradicción, y Bernstein hace bien en decirnos que puede haber siempre equivocación si se interviene por la fuerza sobre el grado de preparación evolutiva y económica; ésas son también verdaderas reformas propiamente dichas. Podemos equivocarnos asimismo sobre la hora en que es posible una simple reforma y derrochar en vano en este sentido nuestra agitación. Es cierto que es difícil saber en qué momento puede implantarse una sociedad nueva, puesto que no hay signo exacto de madurez humana como hay signos exactos de madurez para las cosechas o para los frutos, y es tanto más difícil saber si está madura una sociedad nueva cuanto que a menudo la madurez de la cosecha humana se halla determinada por el ardor interior del segador. No hay, por consiguiente, síntoma exacto más que cuando ha llegado la hora de una intervención revolucionaria decisiva. Pero esto no es una razón para negar que en la Historia, desde el punto de convergencia de la evolución económica suficientemente desarrollada y de una intervención decisiva de la clase oprimida, se produce el gran movimiento histórico.

Ninguna teoría de Marx, en consecuencia, se tambalea por la crítica que le aplican Bernstein y sus amigos, y no solamente — éste es el objeto de mi demostración — subsisten las teorías de Marx, sino que está demostrado que por la teoría del valor, por la concepción del materialismo económico, por la concepción dialéctica,

por la doble acción evolutiva y revolucionaria, ninguna teoría, ningún principio, ninguno de los grandes métodos de Marx excluye la acción, la intervención directa, inmediata, diaria, continua, reformadora del proletariado organizado.

Ahora bien: yo me explico que se tratara de matar la teoría marxista si inmovilizara al proletariado en la espera alucinadora de la sociedad futura, si el proletariado pudiera deducir de la teoría marxista que la sola marcha de la dialéctica traería esa sociedad; pero no es así. Lo que constituye la profundidad y la vida de la teoría marxista es que el desarrollo está en ella calculado siempre de manera que quede en todo momento al servicio del proletariado la fuerza de la necesidad y que todos los días obligue al proletariado a completar por todos los medios de acción y a realizar esta fuerza inmanente de la necesidad. (*Viva aprobación.*)

La acción socialista

Pero ¿es que todas estas discusiones o todas estas interpretaciones no serían vanas, y no habríamos de temer, según algunas constataciones y objetivos de Bernstein, que elementos de hecho no nos permitan de ningún modo esperar el triunfo del Socialismo? Bernstein pretende que ni la concentración industrial ni la concentración del cambio tienen la intensidad y la rapidez indicadas por Marx. Y si fuera verdad, en la forma en que lo dice Bernstein, que la concentra-

ción industrial y capitalista es de una lentitud para desesperar de que llegue alguna vez, si fuera cierto que el juego natural de la sociedad capitalista puede concluir con romper el equilibrio del capitalismo, a un reparto infinitamente más equitativo de los beneficios del capital, es posible, en efecto, que el porvenir del Socialismo estuviera comprometido. Sobre este punto Marx no ha cometido un error esencial de dirección; no ha errado más que en el cálculo del ritmo.

He oído decir en Londres, hace algunos meses, a Liebknecht: «No estamos equivocados más que en un punto: hemos calculado demasiado pequeña la duración del sistema capitalista.» Y si ha calculado demasiado pequeña la duración del sistema capitalista es porque creyó en una concentración capitalista y comercial más rápida que la que se ha producido. De hecho, la concentración se produce y la duración del movimiento es exacta: el número de trabajadores, de proletarios empleados en las grandes fábricas de carácter capitalista va en aumento creciente en relación con la lentitud del número de proletarios empleados en los talleres pequeños y en los establecimientos pequeños, y, además, es preciso observar que esta concentración se produce, sobre todo, en las industrias dominantes y centralizadas, en las que intervienen todas las demás: en la metalurgia, en las minas, en las grandes hilanderías, en los transportes, y que la dispersión, el fraccionamiento de la industria no subsiste más que en las ramas secundarias, dependientes o derivadas.

Por ejemplo: los ferrocarriles desarrollan a su alrededor una cantidad considerable de pequeñas Empresas de transporte local; la gran actividad capitalista o industrial de una ciudad enorme, como París o Londres, por ejemplo, obligando sin cesar a los trabajadores, a los asalariados, a trabajar en muelles o en fábricas muy alejados de su domicilio, crea una multitud de pequeñas tiendas, de pequeños restaurantes, de pequeñas fondas; de modo que el efecto de la concentración capitalista en las grandes industrias tiene por resultado crear alrededor de estas grandes industrias centralizadas y dominantes una cantidad determinada de pequeñas formas de producción.

Pero comprenderéis sin gran esfuerzo que desde el punto de vista social no hay comparación posible entre la diseminación de estas industrias secundarias y dependientes y la concentración de las grandes industrias dominantes. El día en que en todas las fábricas capitalistas tengan los proletarios conciencia de la ley de la producción, la sociedad estará próxima a transformarse, porque desde ese día la idea de los proletarios agrupados en las grandes industrias capitalistas se propagará por vía de contacto hasta las pequeñas industrias diseminadas en las cuales sobreviven todavía las antiguas formas de producción.

Recientemente lo hemos podido comprobar en París con motivo de la huelga de los herradores. No hay industria más capitalista que ésta; son, en general, talleres pequeños de diez o quince obreros, que vienen de las herrerías de las aldeas, donde el patrono no trabajaba más que con

uno o dos obreros. Esta es la antigua forma de la producción, y, por tanto, tal es hoy el poder de la idea de agrupación comunicada a los proletarios por la gran industria, que estos obreros herradores de los pequeños talleres han encontrado en París el modo de sindicarse y de declarar una huelga común. De modo que la idea de organización proletaria se propaga de las industrias en que se ha verificado ya la concentración del capital a las industrias en que todavía existe la diseminación del capital y del trabajo.

Lo que es cierto, en lo que tiene razón Bernstein, es en que no debemos esperar que la concentración del capital absorba todos los elementos de la actividad social; hay siempre innumerables formas de trabajo diseminadas alrededor de la gran producción concentrada, es el polvo del agua alrededor del torrente, y jamás veríamos la movilización general de la clase obrera si la acción, si la organización obreras no fueran a este respecto más de prisa y más lejos que el movimiento de la concentración capitalista. Y he ahí que Bernstein nos lleva ventaja cuando predica a los trabajadores la organización sindical, la acción personal que no se subordina de una manera estricta a la marcha de las cosas.

Sí; es preciso que los obreros se sindiquen en las industrias en que la concentración capitalista sugiere naturalmente la idea de agrupación; pero también es preciso que sepan sindicarse, agruparse allí donde la industria capitalista está diseminada. Es preciso, pues, que la acción obrera vaya más lejos y más de prisa que la

acción capitalista, y en este sentido es el Sindicato obrero un instrumento revolucionario. (*Prolongados aplausos.*)

Y ahora que he recorrido rápidamente toda la doctrina de Marx y toda la interpretación de Bernstein, se nos plantean algunas cuestiones finales.

Y antes que nada: ¿Aparece el Socialismo como una fuerza revolucionaria? Pues bien; a mi juicio, no merece la pena de plantearse. El Socialismo es necesariamente revolucionario: lo es porque quiere sustituir un sistema de propiedad por otro sistema de propiedad; lo es porque no puede realizar esta transformación más que por medio de la clase oprimida, y porque cuando en una sociedad fundada sobre la propiedad individual y capitalista, una idea, una doctrina, un partido están obligados a hacer un llamamiento a aquellos que no tienen por definición ninguna propiedad, hacen el llamamiento a la fuerza esencial de negación, de revolución, que esta sociedad lleva en sí misma; puede decirse que el Socialismo es revolucionario por definición. Lo es tanto, que el día en que acontecimientos imprevistos, una conmoción histórica análoga a la de 1871, colocara a los proletarios socialistas en el Poder, se verían obligados a realizar, o tratar de hacerlo, al menos, una revolución social por la transformación del sistema de propiedad. Se dirán a sí mismos que acaso no esté preparada la totalidad de la clase campesina, que incluso en la clase obrera hay aún demasiadas fuerzas inertes o inconscientes; pero se verían condenados

por la lógica del Socialismo a hacer uso en el sentido revolucionario, es decir, en el sentido de una transformación completa de la propiedad, del Poder que la Historia había puesto en sus manos.

He ahí por qué se me antoja pueril la cuestión que nos planteamos unos a otros. ¿Creéis que la revolución social puede estar señalada para un vencimiento próximo o para un vencimiento lejano? De eso no sé nada; de eso no sabemos nada; lo más que sabemos es que el día en que el proletariado socialista organizado se apodere del Poder, se verá obligado a cumplir una acción profundamente revolucionaria por la transformación completa del sistema de propiedad, y yo no comprendo, entonces—he hablado de estas cosas todos estos días con socialistas eminentes, con varios de nuestros maestros—, no comprendo que podamos dividirnos por esta cuestión.

Hay quien me dice: «Pero predicando al proletariado la acción inmediata, la acción sindical, la acción cooperativa, el esfuerzo de cada día, las reformas que deben, escalón por escalón, elevar al proletariado hasta el estado de fuerza en que pueda, en efecto, realizar la revolución, predicando todo eso, parece que dejáis mucho tiempo a la sociedad capitalista, le concedéis plazos exagerados. Y tened en cuenta que mientras que aconsejáis al proletariado esta organización, este método reformador debe conducir a una acción revolucionaria, y vosotros tenéis que aparentar considerar el orden colectivista o comunista como el paraíso lejano en que se sueña; pero mientras

tanto aconsejáis al proletariado que se establezca sobre la trama capitalista.»

Yo no me explico que puedan separarnos estas cuestiones de fechas. No tenemos por qué, ni unos ni otros, arriesgar profecías. Bernstein aplaza para un período indeterminado, flotante y brumoso, la transformación de la sociedad. Kautsky declara que no cree ser muy imprudente diciendo que si la democracia socialista alemana progresa en los treinta años próximos como ha progresado en los treinta años últimos, la revolución social tiene que acometer importantes tareas.

Pero yo creo que todos estos cálculos de fecha sobran, son pueriles; y si se nos dice que aplazamos el ideal socialista, que de este modo hacemos de él una especie de paraíso, yo digo que el paraíso estará muy cerca de los creyentes si creen en él. (*Viva aprobación, aplausos.*) Yo digo que, para ellos, si creen en él de verdad, el paraíso será la prolongación inmediata de su breve existencia, o, mejor, que estará presente en su propia existencia si tienen el sentimiento de que cada uno de sus actos, cada uno de sus pensamientos, cada una de sus palabras, le corresponden, influyen en él y modifican en lo bajo y en lo alto los acontecimientos futuros. Pues bien: yo pido a los socialistas que no precisen la fecha, imposible de determinar, en que triunfará el Socialismo; yo les digo que vivan siempre en estado de gracia socialista... (*Calurosos aplausos.*), es decir, trabajando siempre, cada minuto, cada hora, por el advenimiento del Socialismo y

prestándole todo el esfuerzo, toda la acción, toda la fuerza de su pensamiento y de su vida. Y eso lo podemos hacer desde hoy, porque desde hoy tenemos eso que podemos llamar certidumbre victoriosa, tenemos esta certidumbre que, cualquiera que sea la fecha del acontecimiento, es el único acontecimiento que espera en esta hora histórica la Humanidad; sabemos que las cosas siguen un curso determinado, que la evolución económica y la marcha del proletariado llevan tal dirección que no se producirá en el mundo una forma revolucionaria política o religiosa que no sea «la nuestra». (*Aplausos prolongados.*)

No habrá — me entendéis bien — una gran transformación de la Humanidad que nos separe de la humanidad socialista. Figuraos cuál hubiera sido el estado de conciencia de un proletario francés si en 1780, sintiendo aproximarse la gran tormenta, hubiera podido entrever, en un momento de iluminación, no solamente la revolución burguesa próxima, sino la futura revolución proletaria; se hubiera entusiasmado sobremanera entreviendo en el horizonte del siglo XX la liberación de sus hermanos de trabajo y miseria. Pero al mismo tiempo, ¡qué angustia y qué turbación de espíritu al pensar que el proletariado, antes de llegar a su revolución, debería atravesar el abismo de la revolución burguesa! Pues bien, nosotros no tememos esta prueba; sabemos que la próxima revolución será la nuestra, que todos nuestros actos van derechos a ella, que todas nuestras palabras se dirigen a ella como ondas sonoras que se ensanchan sobre una gran

llanura sin encontrar obstáculo; sabemos que cuando marchemos por la calle y encontremos a nuestros hermanos sufriendo o alegres, cuando desaparezca su sufrimiento será por nosotros, cuando su alegría se ennoblezca será por nosotros. (*Aplausos.*)

Y, entonces, ¿por qué se dice que el movimiento sindical, que el movimiento cooperativo, que las reformas preparatorias, pueden retardar el movimiento? Lo retardarían si estuvieran aislados del pensamiento matriz del Socialismo; pero si el Sindicato, al mismo tiempo que es Sindicato es socialista; si se considera como un medio de organización, de preparación, de educación con vistas al Socialismo; si la Cooperativa es socialista; si, en este terreno de la venta y del cambio de los pequeños bazares mercantiles y de los establecimientos incoherentes y dispersos, quieren éstos aparecer como el tipo de gran almacén popular; si las reformas que pedimos, la limitación de la jornada de trabajo, la inspección obrera, son comprendidas por el proletariado como medios de acrecentar su fuerza con vistas a la sociedad definitiva, entonces, innumerables hilos, atando nuestras actos de hoy a la revolución próxima, deben, por decirlo así, hacer repercutir en un corazón todos los movimientos del proletariado que lucha y que sufre. Cualquiera que sea, pues, la fecha de la revolución, es mañana, es hoy, puesto que ninguna otra revolución nos separa y cada uno de nuestros esfuerzos la aproxima.

En lo que se refiere a este trabajo de prepara-

ción, de organización sindical y cooperativa, Kautsky dice: «Esta organización corresponde a un período, a una fase actual del capitalismo.» Os lo he explicado al principio: pretende que los Sindicatos y las Cooperativas pueden y deben funcionar útilmente durante los períodos de depresión política, pero de actividad capitalista, para procurar a los trabajadores ventajas inmediatas. Y nosotros decimos: sí, es eso; pero es también otra cosa, y pensamos que los Sindicatos y las Cooperativas deben ser desde ahora centros socialistas coordinados con el movimiento socialista, y pretendemos además que el propio Sindicato, suficientemente extendido, que englobe a casi la totalidad de los militantes de la clase obrera, puede llegar a ser un instrumento revolucionario y que tenga un carácter revolucionario para organizar impunemente todas las fuerzas proletarias en una sociedad capitalista.

Yo nunca he tratado aquí la teoría de la huelga general; pero tampoco he combatido nunca la huelga general. En el Congreso del Partido Obrero de Nantes, al que asistí, en 1895, defendí contra los marxistas del Partido Obrero, el principio de la huelga general, con la condición de que fuera considerada como un instrumento preciso, con vistas a un fin preciso; con la condición de que fuera aplicada, por ejemplo, para imponer a los Poderes públicos la realización de las reformas que, como la jornada de ocho horas, puedan interesar a la totalidad de los trabajadores. Por consiguiente, Kautsky se equivoca al no considerar a los Sindicatos y a las Cooperativas más que como

instrumentos secundarios para obtener un resultado inmediato y pasajero; es eso, pero es también la primera forma de la organización general y revolucionaria de la clase obrera. (*Aplausos.*)

Y ahora me queda, para acabar, tocar una última cuestión, la que ha parecido dividir más a los socialistas franceses en estos últimos tiempos: ¿En qué medida, en qué condiciones, bajo qué forma el Partido Socialista y el proletariado pueden cooperar o encontrarse con los otros partidos? La tendencia de Bernstein no es solamente aconsejar una cooperación accidental o incluso frecuente de la clase proletaria con las otras clases y del Partido Socialista con los otros partidos; va hasta fundir poco a poco, por una gradación insensible, y, por tanto, más peligrosa, a la clase proletaria con las otras clases, al Partido Socialista con los otros partidos. Su medio de justificar esta fusión consiste en comprobar que no se puede erigir una clase burguesa homogénea frente a una clase proletaria homogénea; dice que hay variedades, categorías, en la clase burguesa. Y es verdad; es incontrastable que la categoría territorial es distinta de la categoría propiamente capitalista. Añade que en la clase obrera hay lo que los ingleses llaman los trabajadores no calificados, aquellos que ejercen un oficio para el cual no es precisa una preparación técnica, además de los trabajadores calificados; salarios más elevados, que se aproximan, por la condición general de su vida, a la pequeña burguesía, e incluso al estrato inferior de la burguesía media. Y Bernstein, a fuerza de descomponer en

pequeñas fracciones a la clase burguesa y a la clase proletaria, llega sutilmente a mezclar todos estos fragmentos, como se mezclan los trozos segregados de dos materias en principio opuestas.

Pues bien: se equivoca, porque cualesquiera que sean las diversidades internas de cada una de estas clases, la línea general de demarcación subsiste entre el conjunto del proletariado, que no detenta los medios de producción, y el conjunto de la clase capitalista, que los detenta. No es suficiente para confundir dos clases marcar entre ellas una multitud de ligazones intermedias; en la Naturaleza, las fuerzas contrarias están siempre aproximadas por nexos intermedios: se pasa de lo blanco a lo negro, del violeta al rojo, del día a la noche y de la noche al día por transiciones insensibles que permiten a Heráclito decir que el día está en la noche y la noche en el día. Pero la posibilidad de pasar por nexos sutiles de un estado a otro no excluye de ninguna manera la oposición entre ambos; es característico de los estados contrarios el poder ser aproximados por nexos intermediarios que delimiten los dos extremos de un campo en el que pueden intercalarse toda clase de medidas. Por consiguiente, se podrán multiplicar los grados que pueden aproximar la clase burguesa a la clase proletaria, y no resultarán dos clases específicamente distintas, específicamente antagónicas, porque una tiene su eje en la propiedad y la otra tiene su eje en la ausencia de propiedad, si los trabajadores son bastante sutiles, como expresa Bernstein, para formar grupos, fuerzas en

las que se aproximarían los elementos menos heterogéneos de las dos clases opuestas; pueden también tener la concepción bastante amplia y bastante neta para agrupar a las sociedades en dos clases territorialmente antagónicas, a pesar de la diversidad interna de estas dos clases en la sociedad actual.

¿Es decir que la clase proletaria así definida, así distinguida de la otra clase, así opuesta al resto del mundo a la vez por su principio, que es comunista, y por su organización propia, esto es, que esta clase no debe intervenir en el movimiento de las otras clases y mezclarse en su vida?

Kautsky acepta que haya entre el proletariado y ciertos elementos de otras clases cooperaciones, colaboraciones momentáneas; pero advierte a la clase proletaria que se refugie lo más posible en eso que yo llamaría la integridad de un aislamiento.

Y aquí es donde yo no estoy de acuerdo ni con Kautsky ni con Bernstein; yo creo, contra Bernstein, que la clase proletaria y la clase burguesa son y viven, hágase lo que se quiera, radicalmente distintas y radicalmente antagónicas; pero creo, contra Kautsky, que no es preciso tener miedo a la multiplicidad de los encuentros y de los contactos entre la clase proletaria, dueña de su conciencia y de su acción, y las otras clases. He aquí por qué: porque es imposible para una clase actuar sin ensanchar la superficie de contacto entre ella y el resto de la sociedad humana. Abstraerse es, forzosamente, no actuar, y actuar es, necesariamente, mezclarse en el movimiento

universal. Desconfío de que pueda citarse una forma de acción, una posibilidad de acción en que el proletariado no esté expuesto, gloriosamente expuesto, a tropezar con la colaboración de elementos de otra clase.

¿Es que podríamos actuar en el *affaire* Dreyfus sin exponernos a la cooperación de otros elementos, y era preciso, so pretexto de que el proletariado no estaba sólo para luchar por la Humanidad y el derecho, era preciso abstenerse? ¿Era preciso no actuar? ¿Nos sería posible, asimismo, defender la República amenazada por el cesarismo sin tropezar, buscándola o no, con la cooperación y la colaboración de otros elementos, de otras clases? Yo digo más: es imposible para los Sindicatos organizarse, extenderse, sistematizarse, sin intervenir en seguida directamente en el funcionamiento de la sociedad capitalista. Los Sindicatos acaso impongan un día, yo lo espero así, la elección de inspectores obreros designados por los Sindicatos para controlar en las fábricas las condiciones del trabajo; pero ¿cómo controlar las condiciones de higiene y de seguridad sin imponer a la clase patronal la adopción de tal aparato técnico, de tal máquina, la excavación en las minas de tal galería, la preparación de tal parte del subsuelo o de tal parte de los talleres? Y el día en que los Sindicatos obreros, ya sea por la inspección, ya sea por el control, intervengan así en la constitución del maquinismo; el día en que aconsejen o impongan a la clase patronal tal máquina, tal aparato técnico, concurren, colaboran, lo quieran o no, con la clase patronal en la

dirección de la máquina capitalista. Y, ciertamente, yo no censuro al proletariado esta colaboración, que es el comienzo de la toma de posesión.

¡Y qué! Habremos multiplicado las Cooperativas, y vamos a proponerles, como en Bélgica, una gran obra: vamos a proponerles crear con sus recursos comunes grandes Casas del Pueblo, que serán las salas de reuniones, las salas de fiestas, los palacios del proletariado organizado, y cuando el proletariado quiera construir en una de las alturas de París una Casa del Pueblo parecida a la que, desde lo alto de Bruselas, domina toda la extensión de la sociedad capitalista belga, ese día será preciso hacer un llamamiento a los arquitectos, y a los pintores, y a los escultores, y a los músicos, a aquellos que sean capaces de comprender el nuevo ideal; y cuando el proletariado, por el desarrollo mismo de sus Cooperativas, se ponga en contacto con los elementos artísticos o el poder artístico de la sociedad de hoy, ¿les reprocharéis perderse, disolverse en yo no sé qué *dilettantismo*? No, no; el proletariado recibirá en su cabeza la llama del arte, el rayo del arte y del pensamiento, y preparará la sociedad comunista en que todos los hombres serán llamados a gozar del pensamiento y de la ciencia. (*Aplausos.*)

Por consiguiente, o el proletariado no actuará, o estará constantemente mezclado en la acción de las otras clases; lo esencial es que, a través de esta mezcla, a través de este tumulto de elementos, obre siempre con su conciencia de clase,

con su fuerza distinta y organizada, y si, partido distinto, extiende su superficie de contacto con las otras clases, yo no lo lamento. Nosotros queremos la revolución, pero no queremos el odio eterno. (*Aclamación prolongada, aplausos.*) Y si, por una gran causa, cualquiera que sea, o sindical, o cooperativa, o artística, o de justicia, incluso burguesa, tenemos que obligar a los burgueses a marchar con nosotros, qué fuerza para nosotros el poderles decir: ¡Qué alegría para los hombres que se odian y se detestan encontrarse en estas entrevistas momentáneas, en estas cooperaciones de un día!... ¡Y qué alegría, por consiguiente, será aquella, sublime, universal, eterna, el día que ésta sea la reconciliación definitiva de todos los hombres!... (*Aplausos.*)

El signo de reconciliación es la propiedad común. A mí no me desplace que en su movimiento, en su desarrollo, el Partido Socialista y el proletariado organizado estén en todas las grandes causas... Yo quiero, nosotros queremos, que el Partido Socialista sea el lugar geométrico de todas las grandes cosas, de todas las grandes ideas, y por eso no desertamos del combate por la revolución social; por el contrario, nos armamos de fuerza, de dignidad, de coraje para apresurar la hora revolucionaria.

Y ahora, camaradas, dejadme que os diga que todo eso no será posible más que con la condición de que para producirse a través de esta mezcla de acontecimientos y de hombres el Partido Socialista esté seguro de sí mismo; y para estar seguro de sí mismo, es preciso que esté organi-

zado y unificado, para llevar a través de los acontecimientos la luz de su conciencia comunista. He ahí por qué estimo que el acto de la clase trabajadora, el acto revolucionario más eficaz del momento presente, es la unificación de nuestro Partido, y he ahí por qué vosotros, jóvenes socialistas, que soñáis con un gran Partido unificado, al cual iríais sin las querellas o las divisiones, o la distinción de escuelas, debéis ayudarnos a realizar esta unidad, prodigándonos vuestra cordialidad generosa, con el fin de que podamos oponer la fraternidad socialista a los disentimientos de la sociedad burguesa. (*Calurosos aplausos, aclamaciones prolongadas y gritos de ¡Viva Jaurès!*)

FOLLETOS ECONOMICOS

	Pesetas.
Aquino (M.). —La justicia del Socialismo.	0,25
Besteiro (J.). —La obra de Pablo Iglesias.	0,40
Idem. —Romanticismo y Socialismo.....	0,25
Idem. —Luis Blanc.....	0,25
Idem. —Socialismo y escuela: Viveros infantiles	0,20
Idem. —La lucha de clases como hecho social y como teoría.....	0,25
De los Ríos. —Reflexiones sobre una posible reforma constitucional....	0,25
Deville (G.). —Estudio acerca del Socialismo científico.....	0,40
Idem. —Salario y beneficio.....	0,75
Idem. —El Estado y el Socialismo.....	0,75
Engels (F.). —Socialismo utópico y Socialismo científico.....	0,40
González (R.). —Hacia la actuación integral	0,30
Iglesias (P.). —Comentarios al Programa socialista	0,30
Idem. —Mitin de controversia en Santander	0,40
Idem. —Exhortaciones	0,50
Jaurès (J.). —Civilización y Socialismo...	0,25
Idem. —La acción sindical y el Partido Socialista	0,25
Lafargue (P.). —El derecho a la pereza.	0,35
Idem. —La religión del capital.....	0,40
Idem. —El ideal socialista.....	0,20
Troclét (L.). —Democracia socialista y anarquismo	0,40
Vera (J.). —El Partido Socialista Obrero ante la Comisión de Reformas Sociales.	0,75

Obras de venta en EL SOCIALISTA

Pesetas.

Ibarreta. —La religión al alcance de todos.	1,50
Marx. —El capital.....	5
Idem. —Crítica de la Economía política...	2
Idem. —Revolución y contrarrevolución...	2
Otto Bauer. —El Socialismo, la religión y la Iglesia.....	3
A. Bebel. —La mujer en el pasado, en el presente y en el porvenir.....	3
G: Deville. —La evolución del capital.....	2
L. Blum. —Para ser socialista.....	0,25
Mora. —Historia del Socialismo español...	2
P. Iglesias. —Propaganda socialista.....	1
J. Besteiro. —La lucha de clases como hecho social y como teoría.....	0,25
Dr. Lluria. —La máquina contra el obrero.	0,35
J. Jaurès. —Acción socialista.....	1,50
Lafargue. —La religión del capital.....	0,40
Sánchez Rosa. —El abogado del obrero...	3,50
Morato. —España y el descubrimiento de América	0,35
Idem. —Historia de la Sección española de la Internacional (1868-1874).....	1
Senador Gómez. —La tierra libre.....	1,50
Civera. —Socialismo	0,60
Sender. —Imán	5
Richard. —Manual del socialista.....	0,65
Fola. —El Cristo moderno (teatro).....	0,75
Nietzsche. —El anticristo.....	1,50